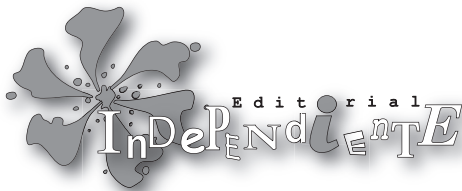


José Arcos

*El alma
de Aurelio
de Guevara*



© Editorial Independiente

© José Arcos

Primera edición: noviembre, 2017

Imagen de la cubierta: Ángel Arcos ©

Cubiertas: Juan Carlos Martínez y Mar Creativos ©

www.marcreativos.com

Refinamiento del texto definitivo: Iván Martínez Hulin ©

Corrección: Pedro J. Plaza González

pjplazagonza@gmail.com

Editorial Independiente

Ediciones Literarias Independientes, S.L.

www.editorialindependiente.com

ISBN: 978-84-944114-9-6

Depósito legal: MA 1494-2017

P.V.P: 15,00 €

Impreso por: Publicep IdPrint

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total y/o parcial de este libro por cualquier medio sin la previa autorización por escrito de los propietarios del *copyright*.

Capítulo primero

Trasegando el tiempo, y por haber acabado como espectro que, por mor del estado espiritual, tiene el poder de maniobrar a su antojo desde que se quedó sin cuerpo, me planto hoy, en el presente, con el recuerdo de mi pasado. Puedo transcribir de buena letra a estos folios de rara medida que he encontrado, con plumas, no de mi gusto, que se me antojan endiabladas por no tener que mojarlas en tintero alguno; empero, aun así, siguen escribiendo como las más primorasas y mejor cortadas a las que siempre estuve acostumbrado.

Desde 1580 ando vagando por do quiero, y vengo a asentarme en este sitio conocido, do siempre estuve rodeado de libros manuscritos y avíos de escribir. Estoy cansado de castillos, de asustar a viejas y de mover objetos como dīver-timento preferido. Creo llegada ya la hora de facer algo de provecho para, de una vez, quedar en paz, pues dejar de vagar es lo que quiero. Son siglos los que tengo. Vagueando pasé más de cuatro, es lo que tiene lo inmaterial de mi ser: aunque no necesite de alimentos mi aburrimiento es tremendo y peno por sentar cabeza –la cual no tengo–.

Así es que me dispongo a contar lo que sucedió cuando morí, después de ser rescatado en tierra de moros en Argel, por 1580 más o menos, que, con más de cuatrocientos años de no vida, se me van un poco los recuerdos. Por eso quiero dejarlos plasmados en papel, ya que ni siquiera tumba tengo; quedé en la mar y ella fue mi última sepultura. Muy fría estaba el agua, tanto que aún se me erizaría el vello si los espantos y ánimas acaso

lo tuviéramos.

Y desta manera me veo en el pupitre, que antaño recordara orientado al sol naciente y ahora al poniente lo han dispuesto. Una extraña plancha acristalada, no muy grande, apenas algo más de medio codo por otro medio, hay encima de la mesa, y cuenta con una pieza negra contenedora de todas las letras del alfabeto, pintadas en unos daditos que no sé de qué material están fechos. Tiene un cordón también negro que conduce a una caja de metal con luminarias pequeñísimas, de colores verde y bermellón, y, por detrás desta, salen otros cordones que van hasta la ventana acristalada a que me refiero. Otros recorren el suelo para perderse en las paredes, do se cuelan en unas cajitas de color blanco.

Sin embargo, como he transitado por los tiempos desde que morí, he aprendido asimismo a ponerme tras los vivos y ver qué facen, si bien un escalofrío les entra por el cogote y debo marcharme entonces para no asustarlos y dejarlos en paz. De tal modo, sé lo que es esa pequeña ventanita. Distintos nombres le han dado, distintos tamaños y formas. He visto que las cambiaban en poco tiempo, ¡y hasta metérselas en las calzas hoy compruebo!, porque tan chicas las facen que les caben en sus bolsillos.

Mi lenguaje, igualmente, ha ido cambiando y adaptándose por mor de que se me entienda. He no vivido tanto tiempo que, si me expresara tal y como me enseñaron mis padres, no entendiérame nadie en esta fecha, pero a buen seguro se me escapará alguna que otra expresión de juventud de la cual no haya podido desprenderme, y el perdón espero de quien acoja en sus manos estos legajos.

Nací en el imperio de su Majestad Felipe el Segundo. Fui sietemesino, y a punto estuve de no vivir

más de un día, si no fuera porque la matrona que asistió a mi madre le recomendase cómo proceder para que mi supervivencia se prolongara hasta bien cumplida la cuarentena. De todo fice en la vida, y como mi familia era de las de posibles y se hallaba en posesión de dineros suficientes, me encomendaron facerme cura; ese fue, precisamente, el juramento fecho por la que me parió si llegaba a cumplir mi primer año de vida. Así que, llegado el momento, ingresáronme en un convento de frailes, do me enseñaron a leer, a escribir y las cuatro reglas. Enclenque de constitución, mas no mal parecido, ficeme a la edad de quince años más mujeriego que beato y por esa costumbre mía de ir tras las mozas me cayeron castigos y mojicones de los frailes por docenas.

La ciudad que me vio nacer estaba, y sigue estando, al sur de la Ibérica, lindando con el Mediterráneo. Tiene un monte al que llaman Gibralfaro, coronado por una fortaleza. Deste parten las murallas que rodean la ciudad y dejan que el río Guadalmedina sirva de foso, bordeándola por el oeste, aunque la mayor parte del tiempo no es foso, sino terraplén de un riachuelillo infecto y calle principal de los menesterosos a extramuros de la ciudad.

No obstante, volviendo a los tiempos en que fallecí, al poco de darme cuenta de que no era más que un fantasma de poca monta con muchas ínfulas por saber leer y escribir –cosa poco habitual en la época– empecé a conocer a otros en mi mismo estadio. Me fue fácil entablar conversación con algunos, pues estaban tan asustados como yo al principio, pero después de hablar con ellos y dejar que se desahogasen fueron cogiendo confianza hasta contarme sus cuitas. De todo hubo y mucho me narraron, si bien los más decidían ir por otro sitio cuando me veían aparecer porque me convertí en espanto

pesado y locuaz para salir de mi aburrimiento inicial, si inicial pueden considerarse más de cien años.

En aquella época conocí a uno que llevaba mucho más que yo en este sitio, entre la vida y la luz; amigo me fice de él y muchas cosas me enseñó. Fulgencio de Herrera era su nombre en vida, y en no vida también. Sepan vuestras mercedes que aquí se mantienen los nombres, única manera de reconocernos, porque, al no tener rostro ni materia, es harto difícil saber con quién estás en cada momento.

Pues el tal Fulgencio hacía más de doscientos años que estaba de esa forma y, al igual que yo por aburrimiento, comenzó a practicar el arte de mover objetos y a traspasar la barrera para hacerse entender con los vivos. Me enseñó todo lo básico cuando, un día, sin más, empezó a convertirse en ascua brillante y cegadora para, en un instante, dejar de estar en el reino de las ánimas. Eso ocurría, según me contó en una ocasión, cuando las misas dichas en su nombre habían sido las suficientes o las visitas de sus descendientes a su tumba habían cubierto el cupo necesario para que abandonase el estadio fantasmal. De modo que me quedé a la mitad de la enseñanza.

«Por tiempo no será que aparezca otro y me termine de facultar en mi propósito», me dije, y así apareció uno –pasados casi doscientos años más– que me instruyó en cuanto ahora llevo a la práctica. Aunque no recuerdo su nombre, sí me llamó la atención su condición de extranjero. No hablábamos el mismo idioma y, sin embargo, nos entendíamos a la perfección. Este también se convirtió en luz no habiendo llegado a estar conmigo demasiado tiempo. A pesar de ello, acertó a enseñarme cómo moverme por cualquier parte y cómo mover multitud de cosas, a estar entre los vivos, a tocar objetos, a ver lo mismo que ellos ven y a hacer ruidos que los asustaran.

¡Qué bien me lo pasé con él!

Otra cosa me barrunto, y es que estaré mucho tiempo aquí porque, sin fosa y sin descendientes que compren misas por la salvación de mi alma, solo cuento con las que dan de oficio los curas, y esas tienen menos valor que las ofrendadas en tu propio nombre. Las veces que he mirado en los archivos de las iglesias y en las partidas de nacimiento no me he encontrado por ningún sitio, ¡normal!, con tanta quema, tantas guerras y tantos desastres vaya vuestra merced a saber dónde están los papeles que dan fe de mí. Una vez, cuando decidí que alguien se acordase de quien esto escribe, me presenté de noche en la iglesia do me bautizaron y revolví todos los archivos sin hallarme en los pliegos. Del enfado que me sobrevino dejé todo por el suelo y me quedé sentado en un rincón. A la mañana siguiente, cuando entró el sacristán en los archivos, se puso a gritar como un loco: «¡Nos han robado, nos han robado!», y se fue corriendo a buscar al cura párroco. Cuando llegaron los dos con varios guardias para comprobar el «robo» lo único que decían era que no faltaba nada. Resolvieron que debió de tratarse de alguna gamberrada, y en eso quedó el altercado. Eso sí, era el mes de agosto y todos se quejaban del frío que hacía en aquella estancia. Ahí me di cuenta del efecto que producía mi presencia entre los vivos, algo de lo que me propuse sacar partido.

Como decía al principio deste monólogo, he aprendido a usar el raro artilugio de escribanía que no necesita mojarse en tintero alguno, y a garabatear en esos papeles que ya vienen cortados en fajos de mucha cantidad y cuya calidad es mejor que la de los que yo acostumbraba, aquellos que, antes de usarlos, había que cortar y dejar en la medida adecuada. Además, su finura y blancura son dignas de admiración. ¡Hay que ver lo que avanzan

los tiempos! Yo, mejor que nadie, puedo atestiguarlo.

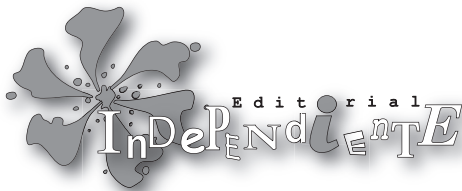
No parece que los desta época le den importancia al papel, pues no dudan en arrugarlo y tirarlo a un cubo que tienen junto a sus pupitres cuando no tienen buen acuerdo con lo escrito. ¡Qué barbaridad! Se me vienen al recuerdo los tiempos en que serví de amanuense en tierras de Flandes: gritos e improperios me profería el furriel cuando un borrón de tinta arruinaba una misiva. Siempre me la hacía repetir hasta que, muy astuto yo, comprobé que con una cuchilla de buen filo se podía rascar el manchurrón, quedando impoluta la redacción. ¡La de escritos que salvé!

Pero, a lo que iba: cuando aún mis pulmones se llenaban de aire y podía percibir el perfume de las flores, a poco de la juventud, me vino la cabezonería de alistarme en los tercios y facerme hombre a través del valor, de la espada y del arcabuz. En el año de 1569 tuve la suerte de entablar amistad con un capitán a sueldo de su Majestad y, en diciembre del mismo año, estaba embarcándome hacia Italia.

Al tiempo de estar en varias ciudades pasé al mando de don Diego de Urbina, en el tercio de don Miguel de Moncada, quien, al enterarse de mi conocimiento de las letras, no tardó en encomendarme como amanuense del tercio. No era esa la misión que yo deseaba cumplir, dado que siempre estaba bajo cubierta en los navíos y en las mejores tiendas de la retaguardia durante las batallas, mas no había muchos que de escritura supieran y, por tal motivo, yo era un bien preciado que mi capitán no quería perder. «¿De qué modo me faré hombre si no me levanto de la escribanía?», me preguntaba a menudo.

José Arcos

*El alma
de Aurelio
de Guevara*



Nota

El libro en su formato de papel consta de 154 páginas.